

Madrid 12 Enero 1913

Año II.—Núm. 4

EL GRAN BUFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



La comedia humana.

Dibujo de Martín



EL ACUDADO BANQUERO: ¿Conoces el misterio del Cuarto Amarillo?
LA BELLA SEÑORA DE...: Yo conozco todos los misterios de todos los cuartos..

20 céntimos

Sarcasmos del momento.

Morir en blando.



Yo he tenido una portera tan amable y servicial que era una excepción en estos tiempos en que los porteros suelen carecer de aquellas prendas que el amo de la casa debiera exigirles con más rigor: la amabilidad y las buenas formas.

Aquella portera, además discreta, sobria y limpia, tuvo para mí, todo el tiempo que fui inquilino de su casa, un saludo oportuno y una amable sonrisa. Benita se llamaba y yo creíame en el deber de saludarla, agregando siempre al final su nombre eufónico.

—¡Buenos días, Benita!

—¡Hasta luego, Benita!

Benita, gorda, coloradota, sonriente, llenaba con su opulencia el cuarto de la portería, que abandonaba muy rara vez. Benita atendía a su marido con igual celo que cuidaba de la escalera y pulía los dorados de las puertas. Benita no dejaba de dar el más insignificante recado a los señoritos. Benita era, pues, digna del aprecio en que todos los vecinos la teníamos.

Una mañana me detuve a charlar con Benita. Era tan agradable su conversación, que yo creo que estuve platicando con ella más de una hora y en todo este tiempo no salió de sus labios la menor crítica para nadie. Ni siquiera habló mal del casero, cuando yo desahogué por este lado.

Benita me contó de su afán por vivir tranquila con su hombre y sus dos gatos negros. Dios le había dado tres hijos y Dios se los había quitado. Dios le había dado un marido bueno, y El se lo conservaba, y Dios, por último, había dado gordura y por eso sentía deseos de vivir en paz. Para Benita no había mayor regalo y encanto que una buena cama; sí, señor, una buena cama con muchos colchones bien blandos, con unas buenas sábanas bien blancas, unas almohadas mullidas y un cubrepieés guateado.

Benita, luego de hacer el elogio del buen lecho, quieras que no, me hizo pasar a ver su alcoba y me mostro su cama, tan alta, limpia y blanda, que reverente me incliné ante ella como ante un prehistórico tálamo. Allí durmió ella y Pepe, su marido; allí nacieron sus malogrados hijos, y allí—era muy justo—pensaba morir blandamente, serenamente, como mueren las buenas personas.

—Por lo menos—me decía—que el día que uno muera, muera en buena cama. Somos pobres, pero arreglados, señorito.

Hace pocos días encontré a Pepe en la calle. Le pregunté por Benita y me contestó que Benita había muerto.

—Pero ha muerto Benita?—insistí dudando.

—Sí, señor; ha muerto—contestóme con gravedad y tristeza.

—Y de qué ha muerto?

—De un aneurisma, señorito. Salí una mañana a hacer unas compras y en mitad de la calle se sintió mal; la llevaron a la Casa de Socorro y allí certificaron, y desde allí no pude evitar, ni aun con influencias, que la llevaran al Depósito judicial... Le digo a usted mismo que hay cosas...

Borracho sentimental.

El día de Nochebuena—la noche de los grandes sarcasmos y de las grandes escenas—, encontré perfectamente borracho a

un amigo mío, que es sujeto de morigeradísimas costumbres. Un exceso en tal noche nada tiene de particular. Lo absurdo, lo irracional, lo arbitrario está en que este amigo mío aseguraba no haber probado bebida de ninguna clase, y lo aseguraba con toda la formalidad de que puede hacer uso un borracho, que sabe administrar bien su embriaguez. Al siguiente día, le oí hacer iguales protestas. No había, pues, bebido y sin embargo lo cierto es que borracho había arrastrado por varias calles su indecorosa «melopea».

¿Cómo se explica esto? Sólo suponiendo que yo fuese el borracho; mas yo os aseguro que no es así. El borracho era él; yo, aunque había cenado y bebido en abundancia, estaba perfectamente sereno.

Sin haber probado vino de ninguna clase se embriagó mi amigo. ¿De qué forma?

Mi amigo, hombre tan morigerado y comedido como falto de recursos, vióse esa noche sin blanca, cosa que acontece con una frecuencia exagerada para alivio de sus bolsillos, y no de caminantes amigos suyos que a su vez pasan. Vióse—digo—sin recursos para cenar; y esto, que en otra noche no le

hubiera aterrado, llenóle de amargura en ésta. Su ingenio para lograr unas pesetas embotóse pensando en su familia, la que bien claro se veía que no se acordaba de él.

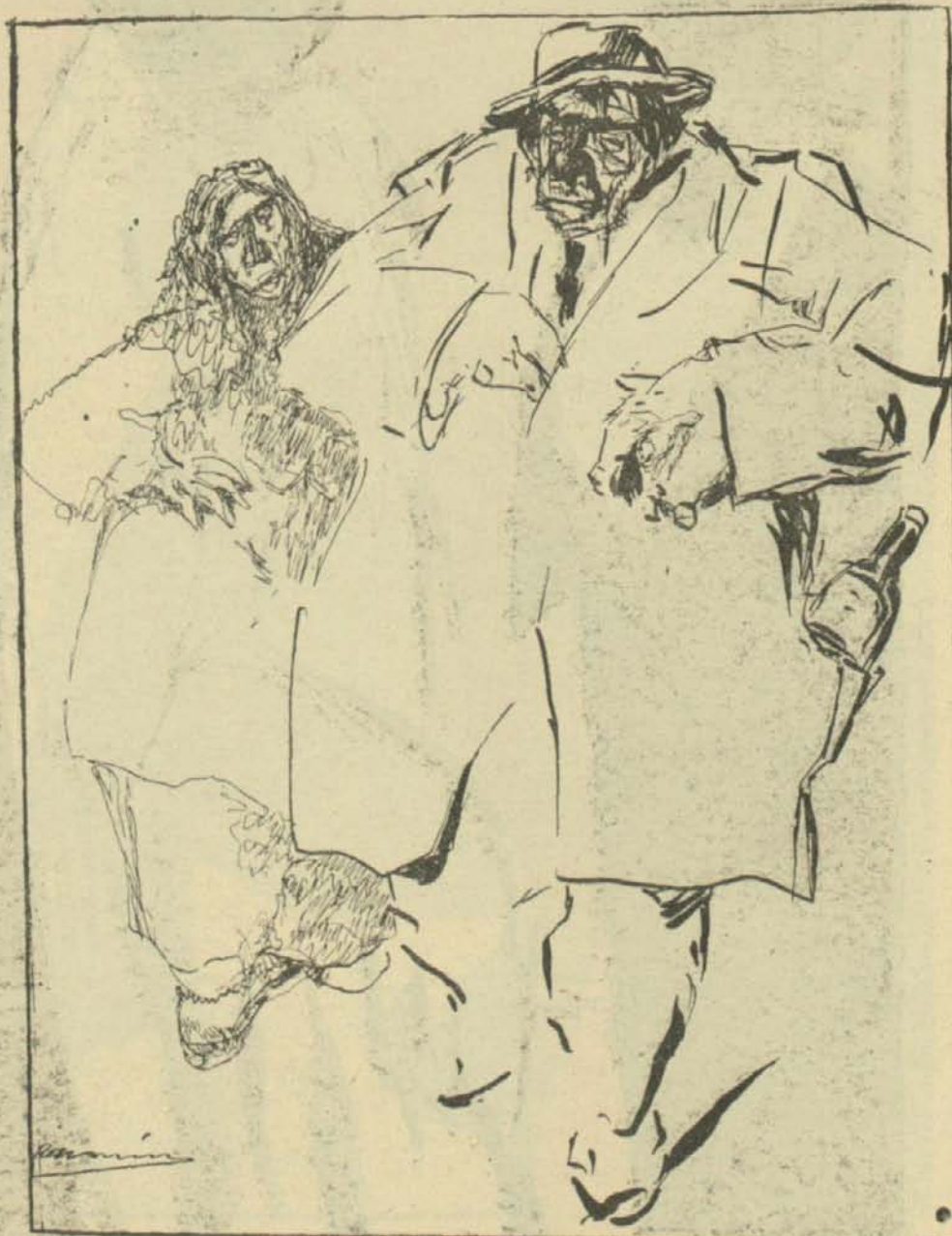
En noche tan solemne cualquier amigo mostraríase amable a su petición, cualquier mesa tendría un lugar libre que ofrecerle. Y él no quiso usar de su ingenio, ni de la amistad ni de lugar vacío alguno, y sintió cómo la blanda ceniza de la impotencia y de la abulia, una abulia é impotencia cerebrales, fueron cayendo sobre su frente; y en su estómago sin hora, fueron a cobijarse las penas que de continuo guarda en el pecho, y a la cabeza se le subieron las bascas, revueltas por el ruido bárbaro y salvaje de las zambombas y de los morteros...

Yo tengo por seguro, que si por fin cenó allá a altas horas, bien corrida la en que termina el precepto de la vigilia, los primeros tragos de vino con que rocío el condumio, obrando de amónico fueron serenando su cabeza, que comenzó a perder la razón, por un necio exceso de sentimentalismo.

Prudencio Canitrot.

Pláticas de familia.

Dibujo de Marín.



MM. PEEGON: ¿Te parece a tí, gastarte la semana en aguardiente sin dejar una botella para el gasto del hogar?



¿Dónde está la alegría?



os dos amigos salen del teatro. De un teatro de comedias ó de un teatro de zarzuelas. Igual da. El caso es que salen de un teatro absurdo.

Es una noche fría y húmeda. Sobre el asfalto ruedan sin ruido los carruajes y sus faroles agujerean con luz vaga, temerosa, la niebla.

En las esquinas hay ramerías pintadas como payasos ó como marquesas viejas, y guardias con las narices rojas y los bigotes lacios asomando sobre los cuellos de los capotes.

Uno.—Decididamente nos hemos aburrido. El ingenio huyó de Madrid.

Otro.—Olvida usted, amigo mío, que en el teatro ese no hay que buscar el ingenio.

Uno.—Al menos, ver algo que nos recuerde la vida, lo cotidiano.

Otro.—El teatro es siempre distinto de la vida. Refleja los hechos y las ideas con un retraso de varios años.

Uno.—A veces se adelanta.

Otro.—Peor. La multitud es tan estúpida, que no perdona nunca que se le hable de cosas desconocidas. Sin embargo, esto es lo de menos. Lo principal es que usted, después de ver una obra de uno de los primeros autores españoles—ó, por lo menos, de los que mayores cantidades cobra por sus obscenidades, retruécanos ó ñoñerías—, asegura que el ingenio ha huido de Madrid. Y la afirmación es un poco atrevida. Precisamente yo creo en el renacimiento del ingenio, en una densación hacia la risa y la friolidad.

Uno.—¿En qué se funda usted?

Otro.—Vea los quioscos de periódicos, cubiertos de las portadas chillonas de los semanarios humorísticos de todo el mundo; vea cómo la prosa de los escritores y los versos de los poetas se tornan flexibles, se aligeran y adquieren un señalado matiz de ironía; vea cómo se encogen de hombros las gentes ante las cosas y las personas que antes les parecían respetables; vea cómo las vocinglerías republicanas y socialistas ya no tienen más auditorio que cocheros, mozas de servicio, cobradores de tranvías

y poceros de la villa; vea cómo en todo periódico que estime en algo el favor del público no falta el caricaturista, bueno ó malo, y cómo ya el pueblo español va mereciendo que se le aplique el volteriano comentario de que termina todos sus conflictos en canciones.

Uno.—¿Y eso le parece á usted bien?

Otro.—Claro que sí, señor mío. La risa es el don de los pueblos fuertes. La tranquilidad, la seguridad en nosotros mismos, á que aludía Spinoza hablando de la *acquiescencia in se ipso*, no se adquiere sino después de reír mucho, de comprender que la alegría es sencillamente una medida de higiene espiritual, como la de no leer ciertos artículos festivos ó prescindir de las *variétés* españolas. El idolo de ustedes los jóvenes creo que ha dicho: «La corona del que ríe, la corona de risas, para ti, hermano mío. He canonizado la risa. Aprende, pues, á reír, superhombre.»

Uno.—Pero otro idolo de ustedes los viejos ha dicho que «no puede reírse sino de los individuos; las ideas generales, las colectividades no provocan hilaridad».

Se cruzan con una estudantina. Van los horteras rítmicamente ridículos, con esa misma idiota gallardía que tendrán luego bajo el sol en las tardes locas de la Castellana, entre el griterío de máscaras, la polvareda colorista del confetti y el bamboleo pesado de las carrozas. Pero tienen un aspecto lamentable: enrojecidas las narices, terciadas las capas bajo el brazo y agitando las manos cubiertas de sabañones.

Otro.—Y tenía razón el que tal dijo. Ahí tiene usted esa estudantina. No nos hace ni siquiera sonreír. Le indigna á uno que existan hombres tan majaderos para degradarse hasta ese punto. A mí las colectividades siempre me han dado lástima ó asco: un seminario, un mitin revolucionario, etc.

Uno.—Coincide usted con D'Annunzio.

Otro.—Preveo, amigo mío, que si seguimos el camino de la erudición acabaremos por sostener lo contrario de lo que empezamos afirmando. Seamos nosotros solos los que pensemos. Lo que hayan dicho otros hombres anteriores ó contemporáneos debe tenernos sin cuidado. El mejor camino para llegar á la consciencia es el instinto. De aquí deduzco que vamos hacia la risa, porque, sin darnos cuenta, de pronto renace en nosotros la vieja alegría española.

Uno.—¿Un retroceso, entonces?

Otro.—El nombre es lo de menos. Lo importante es el hecho, y el hecho es que volvemos á reír y que debemos persistir en ese camino. Ustedes, los de su generación, atravesaron un momento de peligro. «Hijos de su siglo»—como se decía ya en tiempos de Musset—, nacieron propensos á la melancolía, incapaces para todo lo que no fuese poner comentarios pesimistas á todo cuanto tropezaban en sus primeros pasos por la vida.

Uno.—Porque la vida es triste.

Otro.—¡Vaya usted á freír espárragos! ¡La vida no es sino lo que nosotros queremos que sea! Debemos imponernos la



emoción á nosotros mismos. El hombre es lo que quiere. La alegría, como el miedo, como la desesperación, no son más que hijos de hechos anteriores, de la tiranía de los nervios ó del estado momentáneo de los músculos. El hombre que logra detener en los labios la primera palabra ó sujetar el primer ademán, está salvado... ¿Comprende usted? La alegría ha de ser voluntaria para que sea fecunda. La otra alegría, la involuntaria, es siempre estéril, es la alegría del populacho ante un actor de género chico, la alegría de las manifestaciones obreras, la alegría de los domingos en torno de un organillo y después de sentir despertarse el sátiro que todos llevamos más ó menos adormecido en el fondo de nuestro cuerpo. En una palabra, la alegría colectiva imponiéndose al individuo.

Uno.—¿Y debe ser lo contrario?

Otro.—Justamente. El individuo debe imponer su alegría á la colectividad.

Una de las ramerías, pintada como un payaso y ofreciendo sus pobres carnes flacas y martirizadas por manos de borracho y picaduras de jeringuilla hipodérmica, sisea á los dos amigos.

Uno.—¿Ve usted? Esa individua quiere imponerse la alegría, y no puede ser más triste ni más trágica.

Otro.—Todo lo contrario, querido. Se la han impuesto. No se propone la alegría; la finge, que no es lo mismo.

Uno.—¿Entonces, dónde está la alegría?

Otro.—(Muy serio.) En nosotros mismos. (Bosteza. Tiene un gesto fatigado y doloroso de polemista que se aburre.)

El otro sonríe y calla. El uno se estremece de frío y se sube el cuello del gabán. Andan un rato en silencio.

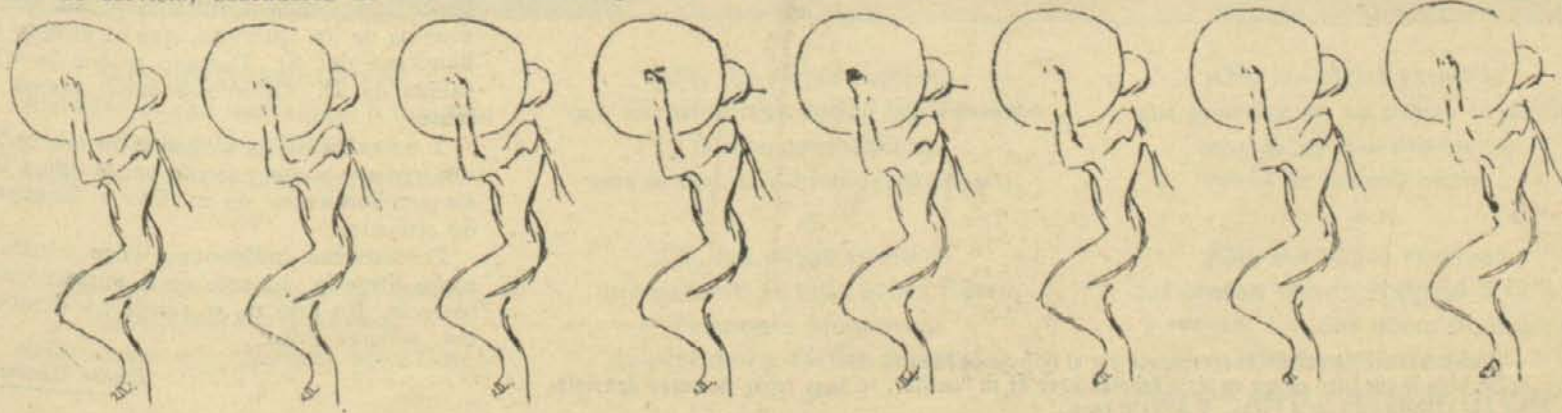
Uno.—Debe ser muy tarde.

Otro.—Cerca de las tres de la mañana. Hemos perdido dos horas de sueño y tres pesetas de la butaca.

Uno.—Pero nos servirá para no volver más al teatro.

Otro.—Hasta mañana, que después de cenar nos detengamos ante una cartelera, y volvamos á engañarnos creyendo que Ontiveros tiene gracia, que la Chelito le excita á uno ó que en el Cinema X las banquetas son anchas, las películas buenas y las secciones largas...

José Francés.



Diatriba contra los poetas ebanes.

Los más fieros enemigos de la dama Poesía son los versos ramplones, y con esto todos comprenderéis el terror que sentirá la dulce doncella del Olimpo hacia los señores Alvarez Quintero. ¿Habéis leído los sonetos que dedican á las actrices en «Blanco y Negro»? Son un acabado modelo de chirlería, de ramplonería, de retórica amenergada. Sin embargo, yo creo que le gustan á la gente. Su mentalidad es cursi, artificiosa; á la emoción de verdadera poesía sustituye el amaneramiento teatral. Pero, eso sí, nunca son detonantes, singulares,

no tienen nada que rompa la vulgaridad, no ofenden los oídos de las suscriptoras, que por otra parte devoran las novelas de Trigo. ¡Y hacen bien, qué demonio!

Los hermanos Quintero, que hacen sainetes con bastante discreción, debían evitar esos sonetos, que nos hacen dudar de su buen gusto literario. Pero no creáis que los señores Alvarez Quintero son los únicos poetas chirles que hay en la República; ved á D. Sinesio Delgado, que es un curioso ejemplar de sosie poético. Como os digo, este escritor que goza de buen prestigio, es uno de los casos más deconcertantes. Ha fracasado siempre en el teatro; las gritas

con que el senado ha obsequiado á sus comedias, son gemelas de aquellas que se oyeron cuando el estreno de «Alicia», la obra maestra de Catalina, el académico de la oreja putrefacta. Como escritor, ved los menguados articulejos que publica semanalmente en «Nuevo Mundo». ¿En qué se funda su prestigio? ¿Qué libro, qué poema, qué obra dramática ha escrito Don Sinesio, que nos dé la menor emoción artística?

Estamos en plena invasión del lugar común, de lo ramplón, de lo vulgar. Ya no es la dama Poesía, doncella aristocrática, sacerdotisa de las inefables iniciaciones; ahora es moza del partido, que se refocila con mercaderes y yace en lecho de estulticia con la ignara poetambre. Después de leer los versos lamentables de los señores Alvarez Quintero, todos los dependientes de mercería que sean un poco sensibles se creerán con derecho para perpetrar sonetos. Y á fe, que no los harán peor que los ex jóvenes sevillanos.

Como hay esencias que fascinan á los gatos, la poesía tiene un hechizo, una atracción, un alcohol que perturba y que hace perder la noción del ridículo. Cualquier orangután que está en una covachuela luchando con el balduque, después de leer á Don Sinesio—pongamos por mal poeta—se siente atacado del morbo literario y escribe unos versos «A la bandera», muy patrióticos, aunque un poco cojos. Y aquel pobre covachuelista está ya perdido. Encuentra que los suyos en nada desdicen del original, y entra á formar parte del aluvión de vates ebanes.

Un animal poético es muy peligroso por el contagio. Dejad sueltos por esas calles á tres sujetos atacados de ese mal incurable, y constituirán una terrible epidemia. Ved cómo ahora asaltan los periódicos, los teatros, los cafés. Quien no quiera prostituirse espiritualmente, que en no quiera ahogarse en pantanos de ramplonería, de vulgaridad, que no abra una revista. «La Ilustración», «Nuevo Mundo», «Blanco y Negro» asfixian de cretinismo. Sin embargo, en España hay poetas, cuatro ó cinco á lo sumo, es verdad. Y los poetas deben defender los fueros del ideal, deben estar interesados en que no se les confunda con los rimadores chirles.

Los Quintero, Don Sinesio, etc., etc., que ganan dinero en el teatro, deben abstenerse de hacer versos. ¿Para qué poner en entredicho su entendimiento? ¡Cuando es tan fácil no escribir!

Los versos son una gentil aristocracia del espíritu; deben tener elegancia, emoción, armonía, esa alma maga, ese «quid divinum» que hace del poeta un elegido de los dioses.

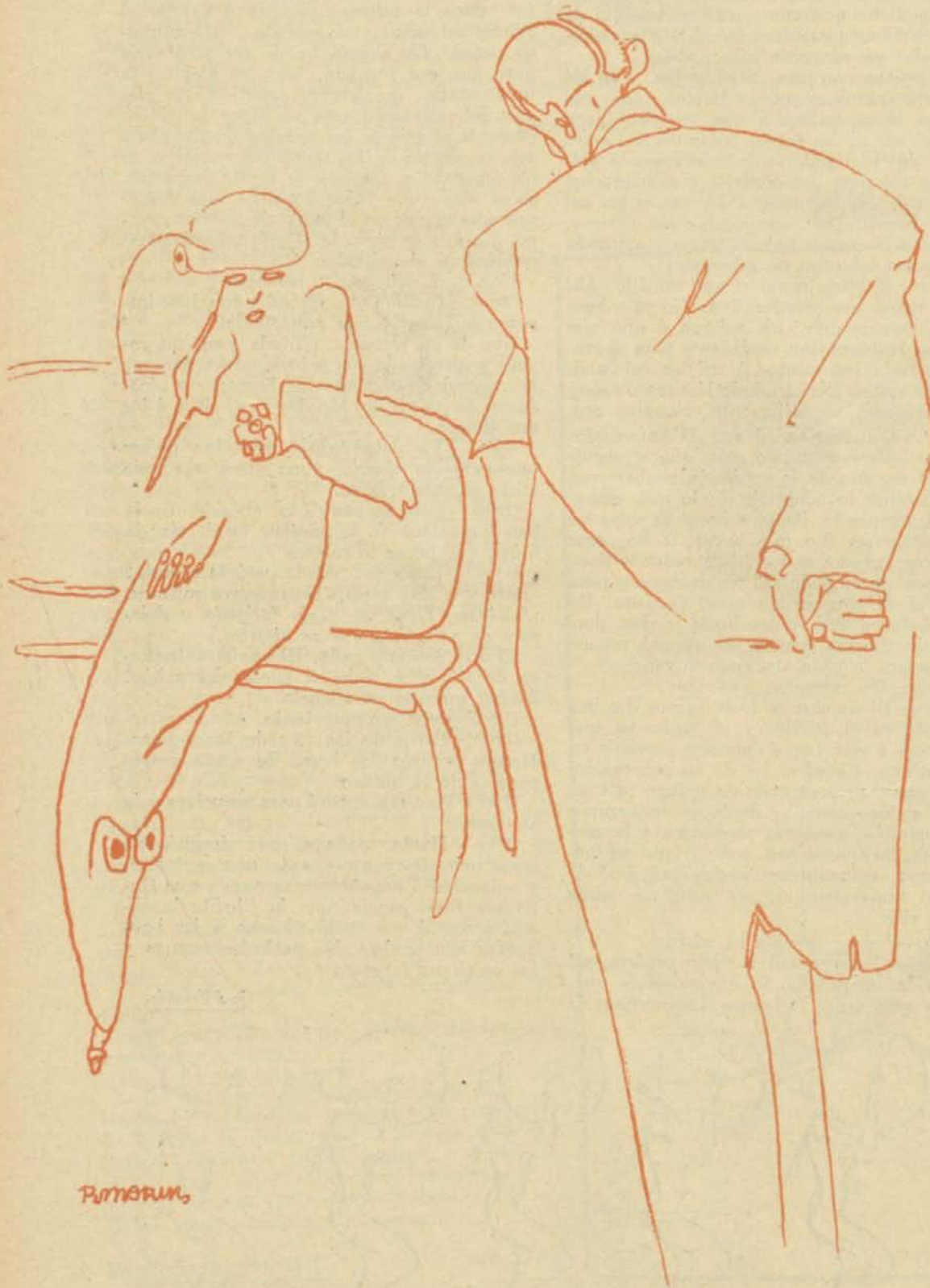
Y fundamentalmente, los versos tienen que hacer sentir la poesía y así son nobles, y los poetas son almas de excepción. Pero nada hay más abominable que los versos malos, nada más hostil á la poesía que los sonetos de los Quintero, que el «Canto á la bandera» del Sr. Delgado y que la «Ter-saida» de D. Antonio Sancho, pongo por orate.

Y no extrañéis la violencia de mis opiniones; yo soy poeta y siento por la dama Poesía arrobamientos de místico y fanatismos de cruzado.

Por eso me indigno un poco contra la plebe literaria. El arte es la suprema aristocracia. En arte no se puede ser demócratas, señores míos.

Emilio Carrère.

Los clásicos castellanos.



P. M. A. R. U. N.

—¿Qué te pasa, Ricardo? Estás preocupado por el ridículo de Maura.
—No, hija, lo que temo es que en vista del planchazo de su «vuelta», se haga rogar de nuevo don Antonio y nos coloque otra carta Pidal... Y antes el caos...

Las viejas rameras.



¡Oh, las viejas rameras
que cantan sus nostalgias á la luna,
de alegres primaveras
pasadas sobre ruedas de fortuna!...

✽

¡Oh, las viejas rameras
que gozaron la esencia del amor,
en las verdes praderas,
deshojando una flor tras otra flor!...

✽

¡Oh, las viejas rameras
que durmieron en todos los caminos
y fueron compañeras,
una noche, de varios peregrinos!...

✽

¡Oh, las viejas rameras
que pasaron la vida sobre flores,
hermosas pregoneras
de pérfidos y fáciles amores!...

✽

¡Oh, las viejas rameras
que guardan en su pobre corazón,
marchitas, las postreras
rosas de la desilusión!...

✽

¡Oh, las viejas rameras
que cantan sus nostalgias á la luna
y evocan, con sus voces plañideras,
lejanas primaveras
pasadas sobre ruedas de fortuna!...

Goy de Silva,



El humorismo exótico.

Las panteras piadosas.

TENGO un amigo bastante inteligente, sempiterno juerguista, dado á la pícará manía de la literatura, el cual una noche de alegre bohemia me paró lo siguiente, entre el vaivén de las copas y el humo consolador del cigarro:

—Aquí, entre nos, amigo mío, poseo una fórmula infalible para obtener que mis amigos repitan las copas cuando andamos de juerga en esos momentos en que, por olvido ó precuación de pagar la «vuelta», ésta se hace esperar demasiado.

No creas que es una indirecta para ti porque ahora nuestras copas están vacías...

Hubo una época en Francia en que estaba de moda, entre los literatos sobre todo, *épater les bourgeois*, es decir, aterrar á los burgueses, esos pobres seres inofensivos y eficaces.

El gran poeta Baudelaire fué el maestro del género. Se cuentan de él varias anécdotas, á cual más graciosas, impresionantes para los burgueses. La noche que en un café inició una narración con estas palabras, dichas en alta voz, y que llenaron de consternación á unos señores gordos que estaban en una mesa próxima: «Un día después de haber asesinado á mi infortunado padre...» y continuó en voz baja una conversación sobre arte.

Otra vez en que le preguntó al ministro

de Instrucción pública, su amigo y admirador, pero católico hasta los huesos: «¿No ha comido usted nunca sesos de niño?» Y ante el gesto de horror del pobre hombre, el poeta agregó impertérrito: «Pruébelos, son muy ricos, sobre todo fritos en mantequilla.» Y se alejó tranquilamente.

Ahora bien; Alfred Jarry era contemporáneo de Baudelaire, y, como á éste, le gustaba también *épater le bourgeois*. Una de las aventuras que narraba con más donaire es esta: «En cierta ocasión—decía Jarry á un compañero—invité á varios amigos á mi buhardilla. Esa mañana nos bebimos varias botellas de vino. Mi buhardilla estaba en un quinto piso y daba al patio de la casa; próxima á ésta había un circo de fieras.

»Cuando más animada estaba nuestra charla, notamos con bastante dolor que nuestras copas desde hacía rato permanecían vacías, y, lo que era peor, que no había medio de llenarlas. Esto nos produjo mucha impresión.

»Meditamos en el modo de resolver el problema, cuando nos llamó la atención un ruido ensordecedor que provenía del patio. Nos asomamos en seguida, y vimos con sorpresa que varias panteras, sin duda escapadas del vecino circo, habían penetrado en el patio de nuestra casa y tenían en consternación á los huéspedes.

»Mis amigos, aterrados, querían asesinarlas desde mi balcón. Yo me opuse enérgicamente. ¿Qué hice entonces? Me vestí una armadura antigua que conservaba de mi bisabuelo, cogí una de las copas vacías y bajé al jardín.

»Una pantera se me abalanza frenética; yo le presento la copa, y la pantera retrocede. Igual sucede con su compañera. Así, haciéndolas retroceder, las conduje hasta sus jaulas respectivas, con no poco asombro de mis camaradas.»

Y el narrador, mi amigo, el sempiterno juerguista, se había apoderado de una de las copas que estaban sobre nuestra mesa, y mirándonos sonriente á los ojos, como fascinándome, concluyó á modo de moraleja: —Porque, amigo mío, no hay cosa que

aterre más, tanto á las fieras como á los humanos, que una copa vacía.

Yo celebré regocijado la aventura del *épatéur*, y, comprendiendo su alta filosofía, di dos palmadas, y grité:

—¡Mozo, repítanos lo mismo!

Mi amigo se sonrió, y sólo dijo estas palabras profundas:

—¡Diablo! Ya era tiempo... Este café se estaba llenando de panteras.

Tristán Gulliver.

(Traducción de I. U.)

Varietés.

Pueden los puristas y disciplinados de la Métrica pasar por alto la lectura de este par de Sonetos arbitrarios y extravagantes.

I

Vaporosa y picante, la «disseuse» aparece en el raso del salón, saludada por una nota que se d jera una broma del bordón.

Ojos rasgados y pintados de inconsútil pavillo de carbón, una «pose» descoocada y en razón. á este recreo frívolo y burgués.

Con una voz de gata cantará una canción insustancial y «chica», que hablará de un torero ó de un sultán ó de una dama que se fué á París preñada de los ojos de un galán que se dejaba convidar al fin.

II

Y como al auditorio esto le da una medida algo amplia del deber, y del rango á que sube la moral en ciertos casos, se apodera de él un dulce escepticismo, y al final subraya el estribillo del «couplet» como una sola boca, y cada cual se cree más calavera de lo que es.

Triunfa otra boca, roja de carmín, y un seno alto y robusto de «ecocotte» —par de pommas prohibidas que morder—; nos inflamamos todos de un ardor pasajero y un poco «demodé» —dicen los impasibles—...y el telón.

N. Hernández Luquero.

Estilo futurista

El Carnaval llega.

Dibujo de Ruette.



— ¡Me voy del baile; no sé si estoy mareado ó me marea el futurismo.



España famosa.

Don Ramón Maria.

Este hidalgo español, admirable en su vida y en sus libros y prócer en su nombre, era ya un hijo predilecto de la Fama á la hora en que nació. Desde que en el milagro orgánico y sagrado del vientre maternal comenzara á formarse, ya su sér merecía un cántico de sonos rumorosos y vibrantes como de besos de mujeres y chocar de espadas. Ramón María de Asís del

Valle-Inclán y Montenegro era la encarnación de dos linajes que no tienen par en las historias polvorientas de la sangre azul ni en el hermoso nobiliario de las almas.

En su blasón se puede leer la mitad de la crónica áurea de la grandeza hispana. Desde que los monarcas conquistadores de Granada dieron la ejecutoria de un escudo al señor de Bradomín, don Pedro Aguiar de Tor—llamado *el Chivo* y también *el Viejo*—, cada hombre nuevo en esa raza llevó un nuevo cuartel al escudo. Y yo sé que, además, cada hembra tuvo unas armas prin-

cipescas en la rosa de gules de sus finos labios.

Valle cuenta ascendientes magníficos y crueles, humanistas, aventureros, abades, virreyes, santos y demoniacos. Y la fe, la fiera y la sensualidad dieron su alteza á este linaje.

Por eso, reyes hubo que miraron ceñidos y envidiosos á tales magnates, y hubo reinas que abrieron su tálamo á la gloria de un adúltero amor con unos hombres que eran bellos y fuertes y orgullosos; y yo á las veces he pensado si Tenorio sería el

bastardo de algún señor de Bradomín. Y por eso don Ramón María de Asís del Valle-Inclán ha sido buen soldado en las tierras de la Nueva España, y ha domado al lenguaje en sus prosadas estrofas admirables, y ha quitado la flor de su virginidad—aunque él lo niega caballerescamente—á tres princesas, hermanas y rubias, de un lejano país que yo no he de nombrar, y por eso también, cuando quiso añadir á su grandeza el prestigio de un asesinato, supo ser asesino con más arte que un papa soberbio y mujeriego de fin del siglo xv.

Yo no he de contaros ni este asesinato ni otras de las proezas rematadas por Valle en cuarenta y dos años que ya corrieron de su vida, porque él os las ha dicho con sus magos decires. Yo sólo he de contaros por cuáles caminos de aventura y de singularidad llegó á la cumbre de su fama, sin que pueda iniciar mi relato en aquel día de clara luz cuando él vino á nacer en un lugar que tiene un nombre castizo y jacarero: la Puebla del Deán.

Sabéis que en la ciudad compostelana estudió y desprecó el galimatías de los juristas y los escribanos, á quienes tantas veces apalearon sus abuelos; sabéis que estuvo en un convento de la Trapa, adonde fueron á llamarlo los ayes de una novia abandonada, que luego le engañó; sabéis, en fin, que marchó á México. El ha narrado este viaje mentando una nave que se llamó *Dalila*, de la cual dice en un escrito que naufragó poco después en Yuca-

tán y en otro que en Galicia; y en un escrito, que era una fragata, y en otro, que un vapor.

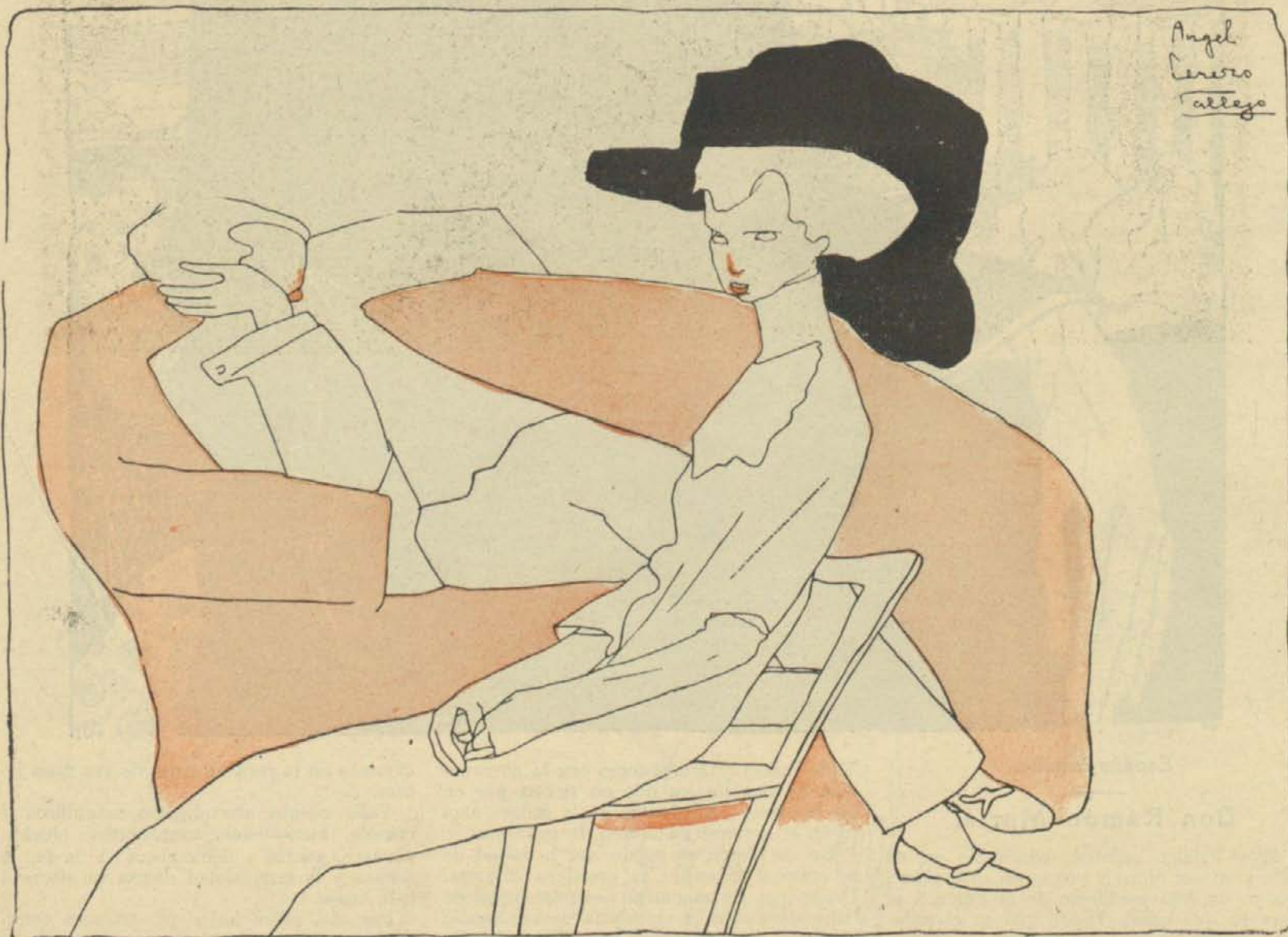
Es la vez única que don Ramón María ha mentido, y tuvo una razón de honra. Pero yo soy un cínico y, además, amo la verdad; y aun cuando él me apalee y me deshonore quitándome de su amistad, yo quiero descorrer el velo y discurrir sobre lo cierto.

Valle no fué á la Nueva España en un vapor ni una fragata, ni era *Dalila* el nombre de la embarcación: fué en un velero bergantín, y el bergantín era el *Niña Mariela*, de la matrícula bilbaína. Llamábase su capitán Leoncio Aboyado, viejo giboso y sanguinario, que llevaba en las travesías á su mujer porque era lujurioso como un can y celoso lo mismo que Otelo. Valle sedujo á la mujer. Después del desembarco supo la liviandad Aboyado por un papel que la encontró en el pecho, y, meditando una venganza terrible y secreta, cuando de nuevo puso prora á España voló su barco en alta mar, y pereció con la perjurá y toda la tripulación.

El mismo día en que don Ramón hollara el suelo americano, un periódico, *El Tiempo*, publicó una diatriba contra nuestro nombre, y pretendió escupir sobre la huella de la planta española en tierra mexicana, desde la de Cortés á la del último desembarcado. Y al leerlo—en el instante—, lívido de la ira, el nieto de los Bradomín, que era el postrer desembarcado, voló á pedir una reparación en nombre de Cortés.

No se la dieron; un solo golpe de su bastón delgado y señorial, cimbrador cual el palo de un látigo, malparó al director. Le defendieron los serviles impresores, y él solo, uno por uno, fué izando á varios como si fueran leves plumas y arrojándolos lejos de sí por cima de las máquinas. México entero acudió á contemplar el destroz. Y en la antigua Tenochtitlán se vió la gallardía de un descendiente de Gonzalo de Sandoval, conquistador de Indias y fundador del reino de la Nueva Galicia donde es hoy el Estado de Jalisco, y cuya grandeza se perpetúa en los paredones de una vieja torre del Caramiñal, alegre y plateada, que don Ramón vendió no ha mucho para agenciarse unos dineros é imprimir un libro, menos perecedero y más hermoso que tal poema de piedra.

Luego, como los capitanes andariegos de otra edad, sirvió en las tropas mexicanas, paseó su ánimo esforzado por lo más escondido del corazón del Nuevo Mundo, vivió en la América Central, escapó de un terremoto en Guatemala, desafió las flechas de los negros indios zambos y toakas, y entre los blancos payas, para librar la vida, se hizo adorar como el Dios Malo, venido de lo ignoto, y tuvo que dar muerte al sumo sacerdote ó Pasayapti, dominador del Sol y de los elementos. Allí fué donde un día perdió su brazo izquierdo, y tan alta ocasión bien mereciera que yo me detuviese en cien prolijos pormenores. Pero yo sé que ha de narrarla don Ramón María, y es



Angel
Cerero
Allego

—¿En qué piensas, nena?

—En que al principio, los hombres ofrecís el dinero á la mujer, y luego lo querís para vosotros solos.



- Es curioso. La otra noche esperaba á Julio y ¿quién dirás que se presentó?
 —¿Perico?
 —No, Alberto; pero le confundí con Andrés y al día siguiente se indignó D. Nicolás; porque ya sabes que sólo me tolera la infidelidad con Antonio.

fuerza que no os prive de esperar esa historia como á una Virgen de Quimera, anhelada por impoluta y por hermosa.

Y es ya sazón de hablar del prosador, dejando al caballero de lo arriesgado y lo desconocido. Años atrás, en Compostela, Valle había escrito un cuento; luego más, luego más; y todo estaba inédito, sin someterse á la profanación de los papeles públicos, que vosotros, los sabios, leéis, y leéis vosotros, los idiotas. Cuando tornó á España, tuvo la abdicación de hacer un libro y de venderlo. De su tierra gallega vinieron á Madrid el libro y él; fué un grande hombre que llevó por las ruas de la Corte, debajo de su brazo único, toda la majestad de cerca de doscientas páginas de una prosa española y soberana. Pero el vulgo incivil se mofó de su libro sin hojear, y de su extraña catadura, y de sus anteojos, en cuyos cristales parece en ocasiones que fosforece la mirada de un jaguar de América, y de la crencha de su melenado pelo, negro y apostólico, al que algún chico dió el plural denigrante de pelos y hubo hem-

bras de placer y pícaros y hampones que apellidaron lanas.

Por su luenga guedeja logró fama el descendiente de los Montenegro; y si yo fuese hombre capaz de mojar esta pluma en la inmundicia del habla callejera, pondría aquí que el barbero rasurador de su cabello hermoso y blando no fué el primer villano que se lo tomó.

Cuando, cediendo á las instancias de contados amigos devotos, envió creaciones suyas á diversos papeles, fuéronle devueltas. *La Ilustración* rechazó, por terrorífica, su narración «El miedo»; en *Blanco y Negro* no gustó la imponderable «Comedia de ensueño», traducida hoy en galo y en tudesco; de *La España Moderna* recibió un desdén para su historia de «Beatriz»...

Y en tanto, Valle-Inclán escribía obras geniales, y no le conocían; «Epitafio», «Cenizas», «Jardín umbrío», «Corte de amor», no eran leídas.

Pero anuncia un concurso *El Liberal* para premiar el mejor cuento. Escribe Valle «Malpocado», y una mañana Valle es céle-

bre. Valle es un escritor. Valle es un consagrado.

Valle, yo y unos pocos, sonreímos.

*

Y aquí acaba el relato de los comienzos del egregio prócer; su fin será—cuando los libros le hagan millonario—rescatar esa torre plateresca del noble don Gonzalo y encerrarse en sus dentros poniéndole una puerta de oro, y esculpir párrafos que sólo los hermanos habremos de leer, en su valiente y grande letra manuscrita, muy lejos de la turba.

Y en los siglos futuros, á don Ramón María de Asís del Valle-Inclán y Montenegro, emperador del Habla y señor del Ensueño, poeta á las veces como un ángel y á las veces demonio «con barbas de chivo», los hombres de la Puebla del Deán le llamarán el Chivo y sus nietos el Manco. Pero las letras españolas le llamarán el Grande.

Joaquín López Barbadiño.

"La moza de partido"

Dibujo de Rullette.



- ¿Me dejas...? ¿no me dejas...? te pareces á Maura. Y ya sabes, que, como D. Antonio, conmigo "siempre" tienes partido.
- Sí, ya sé que eres "moza de partido".
- ...pero no olvides que el "orden público" nos contempla y... peligramos.

Crónica internacional.

¡Turquía! Andrinópolis no se rinde. Los griegos, cobardes que no hace muchos años corrían como cinco mil gamos ante los cantos campesinos de unos centenares de turcos, asesinan á niños y mujeres indefensas. El emperador Francisco José amenaza con morirse. La osa mayor y la osa menor afilan sus colmillos. La cristiandad sacude sus

pendones y la luna, media luna, se halla en cuarto menguante.

Lo más grave para mí de estos conflictos es que me pilla sin dinero.

De todos modos, ayer, hablando con Navarro Reverter, pude enterarme de todos los grandes secretos diplomáticos internacionales. El secreto de todo esto es el siguiente: el príncipe Fernando de Bulgaria orina petróleo y tiene en Europa una destilería. Esto, que es muy grave, obliga al em-

perador de Austria á apagar la luz cuando se acuesta y á usar únicamente lamparillas de aceite.

El aceite de oliva es de Scutari; y como el conflicto que se avecina es regular, la cosa se arma; ni más ni menos.

Todo cronista internacional es un loco ó un idiota.

Esta, en todos los conflictos internacionales, es la fija.

Oliveas Stham-freskos.

El sistema métrico internacional.

Caricatura de R. Marín.



Turquía a los Estados balcánicos:
- Si os empeñáis, me voy al Asia. Pero en cuanto salga de aquí; se pierde el equilibrio... al tiempo.



Renglones de una excéntrica.

Ea, vamos á hablar hoy de una amiga mía, gentil, gentil, gentil.

Esta amiga mía, que espiritual y físicamente está conformada para ser actriz de comedia, ha incurrido, sin embargo, en la equivocación de dedicarse al Varietés. Y digo equivocación, porque para cantar el «Ven y ven» y «la tetera» con «succés», se precisa haber fregado muchos suelos, haber roto unas cuantas vajillas y tener en su escudo nobiliario dos escobas en cruz sobre un barreño ó unos zorros en campo de gules. Arrepentida por fortuna á tiempo de su ingerencia en el coto donde hoy tiran las muchas atropellapiatos que en el mundo han sido, mi blanca y perfumada amiga se decidió, hace poco, á ingresar en una compañía «de verso», y todos los diarios dieron cuenta de esta determinación, especie de

Jordán que purificaba á la gentil muñeca, cuya frágil belleza de final del siglo XVIII desentona tanto entre esas estrellas de p'ngües senos y talles abombados, que cantan evocando nostálgicas la artesa ó el fogón, con unas lánguidas miradas que parecen suplicar dulce y resignadamente: «no me olvides».

Pero la mujer propone y el hombre dispone. Un señor inéditamente feo, de lacias melenas é insospechable nariz sobre la que cabalgan dos lentes fantásticamente, se ha propuesto ser tan amargo á esta criatura como el lobo á la Caperucita.

En vez de limitarse á intervenir como agente en el contrato de mi gentil, gentil amiga—que frustró ¡oh, pérfido!—este Piccio de bigotes hispano-americanos se ha atrevido hasta á ¡hacerla el amor sínicamente, enviándole unas cartas bastante cursis, probablemente copiadas de alguna novela de Jesús R. Coloma, acompañadas bien de un pañuelo de encaje—esta es el regalo obligado de los Tenorios de guardarropía—ó de un ramo de flores, devueltos con la prontitud que cabe suponer.

Tal vez enojado por esto el señor Fototipia—si es verdad eso de que el hombre y el oso...—que mangonea en Estropajosa Palace, se vengó grotescamente de la bonita muñeca la noche de Año Nuevo.

Iban á entrar mi amiga, su hermana y una muchacha en el citado Hotel, dispuestas á cenar y á ingurgitar después las uvas de la buena sombra, cuando un sicario de Piccio Tenorio las prohibió el acceso al salón.

Mi amiga, estupefacta, exclamó «sotto voce»:

¡Ah! ¿Sí?
yo soy una chica honrada
¿Sí? ¿eh?
esto es una coartada...

—¡Dios mío!—pensó alarmadísima para sus sabrosos adentros—. ¿Estarán aquí Santa Ursula y las once mil vírgenes de ágape, y temerán que traigamos un hálito mundano perturbador de sus digestiones?

Sin embargo, nada de eso. Menos mal que allí se encontraban Mariquita Palou, la Safo, la Marquesa de... y otras damas igualmente «comi'l faut»; pero también se encontraban allí la Duquesa de Z, que todas las tardes se desnuda para un hermoso y arrogante capitán de húsares, que va sin duda á revistar sus gracias; la Embajadora de P, adorable cuarentona á treinta años de la virginidad; Lolita la Ansiosa, que en cuanto á virtud allá se va con la Duquesa y la Embajadora y otras hijas de Eva, no menos sensibles á los encantos del sexo fuerte. Cuanto más fuerte mejor.

¿Habéis visto cosa más absurda?

Mi gentil amiga, su hermana y la muchacha que las acompañaba no serán ciertamente tres esfinges; pero, vamos, yo creo que siquiera... siquiera podrían colocarse en

una de las mesas intermedias. ¿No os parece?

Pues no fué así; y todo por culpa del feo mangoneador de Estropajosa Palace, que al día siguiente, como satisfacción, envió á la delicada figulina cantada por Carrère y Benavente, Avecilla y Felipe Trigo, Dicenta y Villaspesa, ¡qué sé yo!, una soberbia cesta de flores y una carta anónima, que decía esto precisamente:

«Saluda á usted, señorita, le desea muchas felicidades en este año nuevo y le ruega acepte esas flores un ex amigo, que, á pesar de sus rencores, desplantes y desdenes, todavía la quiere un poquitín.
Año 13, 1.º de Enero.»

Después de esto no queda otro remedio que exclamar con el poeta:

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

Porque todos los contratiempos que sobrevienen á la gentil, gentil, gentil amiga mía son á consecuencia de lo bonita que es. En este país ser bella tiene sus inconvenientes. ¡Cosas de España!...

Landina Tegner



El Beso.

Eres, mujer, cual ánfora romana
De materia riquísima fundida,
En que á la forma clásica va unida
La seductora gracia sevillana.

De tus labios, pletóricos de grana,
Fluye aquel dulce néctar, que convida
A apurar de una vez toda una vida
En tu espléndido cuerpo de Sultana.

Perdona si del néctar deseoso,
El respeto perdiendo á tu belleza,
Mis labios puse en el brocal divino;

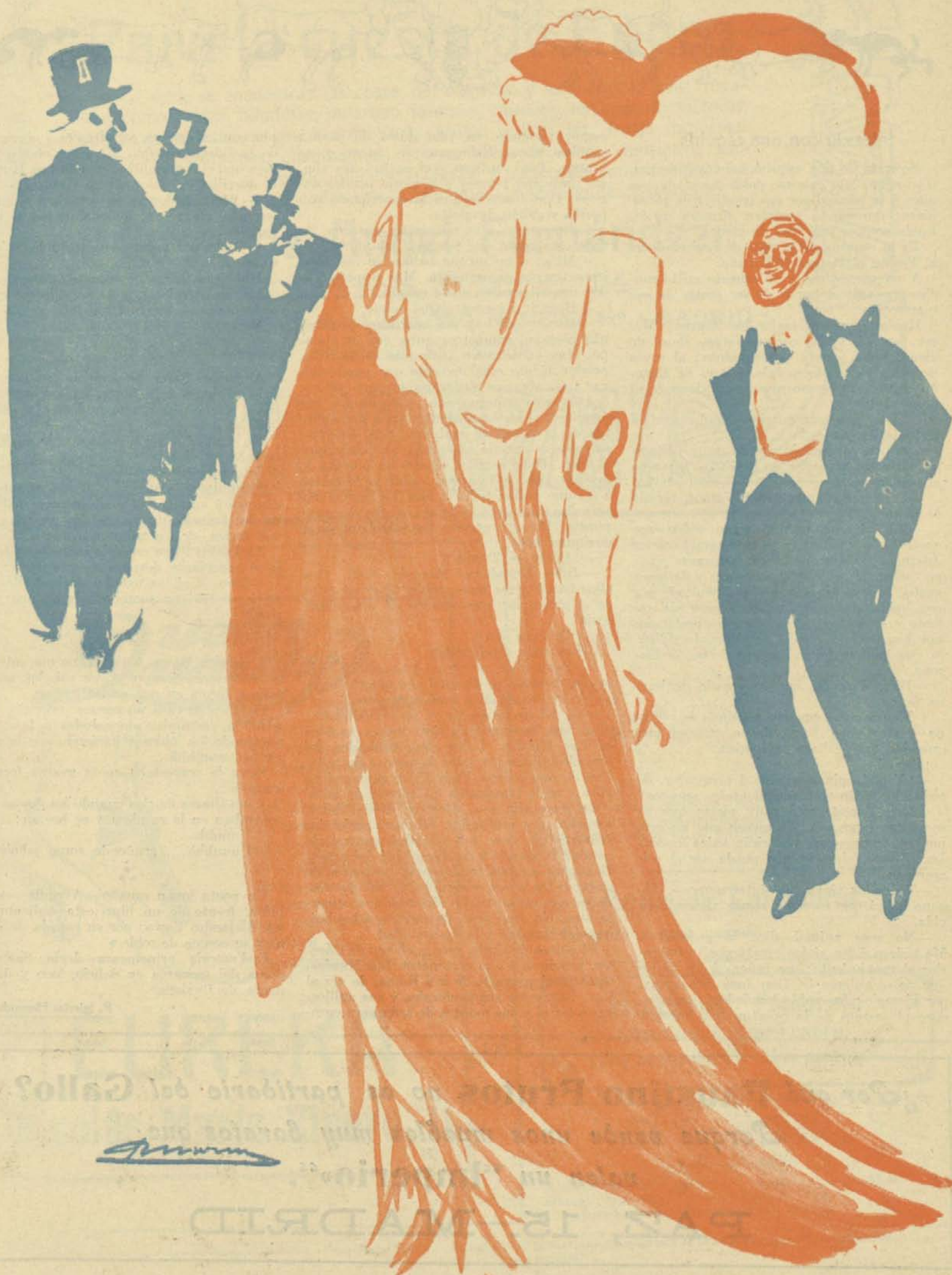
Que el aroma del vino generoso
Es bastante á turbar una cabeza,
¡Y es la vid del amor quien da tu vino!

Carlos Hernández de Hermida.



Diálogos "de uno solo".

Dibujo de R. Marín.



- Llegas á tiempo, Maruja. En este momento empieza esa escena donde se levantan todas las señoras.



Interviú con una esquina.

Se trata de una esquina céntrica, de granito negro. La conozco desde hace algunos años y la admiro por sus condiciones personales: dureza de carácter, firmeza en los fundamentos, voluntad de piedra.

Es la esquina de la calle de Los Madrazos al Prado: el Banco de España.

A mí me estima y yo aprecio en lo mucho que vale el honor de ser amigo de ese marmótillo.

Hab'a la esquina mejor que Maura y Morret: en un estilo cortado, seco, lleno de ideas; haba porque antes piensa; al revés de todos los oradores más ilustres de España: éstos no piensan ni antes ni después ni en el parto.

—¿Qué piensas, querida esquina, de la retirada de Maura?

—Maura es un loco manso, muy peligroso, muy bravo, capaz de hacer las mayores atrocidades con la serenidad de una estatua.

—Pero con talento, ¿eh? Vamos, no me lo niegues.

—Tú eres un animal como todos—me contesta la esquina, que tiene un carácter infernal—. Maura es tonto. Arrogante, guapo, actor de un efectismo sobrio y de buen gusto, mueve la lengua sin dificultad, por eso habla sin interrumpirse; pero sin talento y sin cultura. Sus absurdas pretensiones han hecho de él el político más ridículo que ha habido en España frente a Europa.

—Bien. Pues es un equivocado de buena fe.

—Maura no es bueno—continúa la esquina—. Hay en el fondo de su carácter una crueldad que le hace antipático.

¡Sop'a!

—¿Y qué opinas, vuelvo a preguntar, de todos los últimos trascendentales sucesos?

—Que España está muy vieja; que es menester renovarla. Yo pienso que en este nuevo año trece se os morirán todos los viejos. Y esto, claro es que puede ser el primer paso.

—Todos los viejos no—interrumpo—. Alguno habrá que merezca seguir viviendo su vida.

—No seas animal—dice la esquina—. Me refiero a los viejos crustáceos, refractarios al movimiento: me refiero a los viejos que no se quieren ir. Don José Echegaray, por ejemplo; ese sabio bondadoso, que conoce el secreto de la oportunidad, merece

seguir viviendo esa vida dulce de pavesa muchos años. Echegaray es bueno y es grande. Pasó su hora y él se fué con ella, sin pretender retener a la gloria por las narices. Don José, hoy, es la experiencia con perilla y gabán de pieles.

—Bueno. ¿Y qué opinas tú, esquina, de toda esta gente que por aquí triunfa?

—Mira; a mí no me hables en ese tono impertinente de ateneísta. Más respeto ó te doy con el canalón en la cabeza.

—Bueno; dispensa. ¿Qué opinas?

—Mira; aquí hay dos escritores jóvenes, que piensan, constantemente, con su tiempo. Hay en ellos un ansia rabiosa de independencia, un odio naciente que puede llegar a ser algo con el tiempo, un tacto de codas áspero y fraterna con los oprimidos, los expulsados, los hambrientos. Son dos artistas de la sociedad moderna. Son sinceros, salvajes, y uno de ellos más verdadero que el otro. Uno, escribió desde los muelles y las miserias de Londres, crónicas formidables, que bailan todavía ante los ojos como trazadas con tinta color de sangre descompuesta. El otro, escribe formidablemente a cualquier hora.

—¿Cómo se llaman?

—Julio Bonafoux. Eugenio Noel. Con ellos habrá otros que podrán tener su cifra en el arte; pero que carecen de intensidad social.

—¿Qu' énes son?

—Los más inteligentes.

—¿Recuerdas—pregunté a la esquina—algo que durante los días del año muerto haya herido tu imaginación profundamente?

—Sí. El día 29 de Mayo, un periódico publicó una fotografía de siete mozos nacidos en Las Hurdes. Todos ellos excluidos del servicio militar por falta de peso y de talla. Uno de esos mozos, Félix Vilar, pesa treinta kilos y mide trescientos milímetros de talla.

La fotografía es un poema. Ansia, dolor, miseria: ojos profundos, febriles; parietales descarnados, con una oquedad central de hambre milenaria y de obscuridad del entendimiento; piernas temblorosas incapaces de sostener los torsos miserables de sus dueños. Todos esos secuestrados viven en una comarca española, que sirve de carroña a los buitres del Hambre y la Imbecilidad.

El obispo de Coria, que es obispo de Cáceres, provincia a que pertenecen Las Hurdes, tiene ya el proyecto de ir a Roma, de ver al Rey, de vender sus pectorales y sus anillos, sus sotanas y sus mantos de seda para cum-

plir con los deberes espirituales y abnegados de la Iglesia católica. El señor obispo sabe bien que él representa, cerca de Las Hurdes, la doctrina de amor de El Galileo.

—¡Ah! ¿Entonces se arreglará esa indiferencia infame y tradicional de todos los españoles?

—Tenlo por seguro—contestó la esquina sonriendo.

Hablamos luego de cosas sin importancia como las anteriores, y la esquina me contó anécdotas que me hicieron reír.

Verás:

Alejandro Sawa fué uno de los hombres más graciosos de la tierra, a pesar suyo. Tenía á veces una gracia profunda y genial, inolvidable.

Un día fué á ver á un conocido suyo, inculto, mal educado y negociante. Iba á pedirle cinco pesetas.

Formulada la petición, el negociante se dispuso á entregarlas malhumorado hablando de trabajo que le costaba ganarlas, de sus gastos, de los tributos..., etc....

Alejandro Sawa cogió la moneda, y le dijo al negociante después de guardarla:

—Bien. Y si iba usted á darla desde luego, ¿por qué no acompañarla de una sonrisa?

Alejandro Sawa tenía la norma infantil de contestar siempre á los saludos en la misma forma en que se los hacían.

Vivía en su casa un coronel retirado, que tenía la costumbre de saludar á la gente apretando los labios y haciendo con la garganta: uuuhhh...

Sawa le contestaba en la misma forma: uuuhhh...

Y era tirarse de risa cuando los dos se encontraban en la escalera y se hacían:

—Uuuhhh...

—Uuuhhhhh..., gruñendo como jabalíes.

Un poeta joven español—Avecilla—escribió al frente de un libro esta dedicatoria: «A Alejandro Sawa: por su espada de acero y su corona de roble.»

Dedicatoria principesca—decía Sawa—, digna del monarca en delirio, loco y decadente, de Baviera.

P. Iglesias Hermida.

¿Por qué Faustino Frutos no es partidario del Gallo?
Porque vende unos muebles muy baratos que
valen un "Imperio".

PAZ, 15.—MADRID

Para la cesta de Enero.

¿Dónde se encuentran las cosas de capricho y económicas para regalos, como cestas, bandejas, pulardas, faisanes, capones, terrinas de foiegras, frutas de la Habana, jamones de York, Avilés y Trevélez, frutas francesas, turrone, mazapanes, champagnes, licores, vinos del Rhin, viejísimos, Borgoña, Bordeaux y Oporto; galletas inglesas y francesas, como también los ricos mariscos y pescados que expende en la sección de pescadería?

Casa de Angel Fernández.

Cedaceros, núm. 14.

ESQUINA A ARLABAN.—TELEFONO NUMERO 499.—MADRID

VEASE LA EXPOSICIÓN

*Queen
Quality* CALZADO



En nuestra opinión no hay nada demasiado bueno para el Bello Sexo. Y con esta idea como norma es que hemos escogido el calzado "Queen Quality" para ofrecer á nuestras damas, en la certeza de que no han de encontrar en él nada que no corresponda al grado más alto de elegancia y buen gusto.

EUREKA

Nicolás María Rivero, 11.

Versallesca.



— ¡Qué reverencia tan elegante, duque!
— ¡Oh, marquesa, más elegantes son las novedades que en sombreros tiene la casa de G.º de Francisco. Carrera de San Jerónimo. Madrid.

Agua de Carabaña.

Purgante de fama mundial.

Biedma, Fotógrafo

GALERIA DE PRIMER ORDEN

Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor.

El Gran Bufón.

Precios de Suscripción.

Madrid y provincias: Semestre, 6 pesetas; un año, 10 ídem.
Portugal: Semestre, 7 francos; un año, 12 ídem.
Extranjero: Semestre, 8 francos; un año, 15 ídem.



Dibujo de Tito.